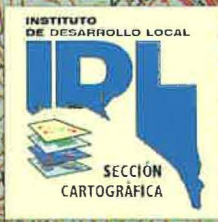
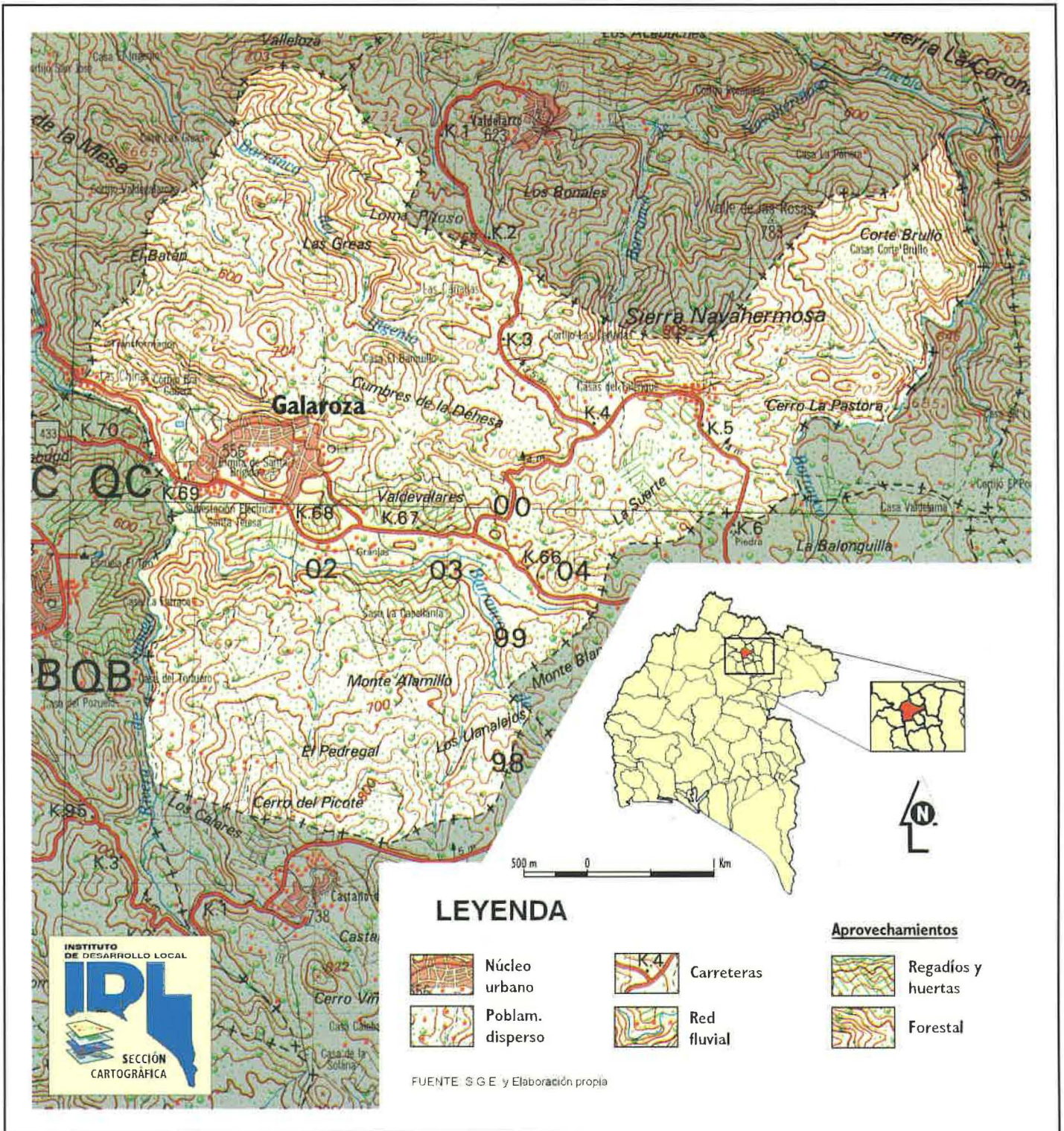
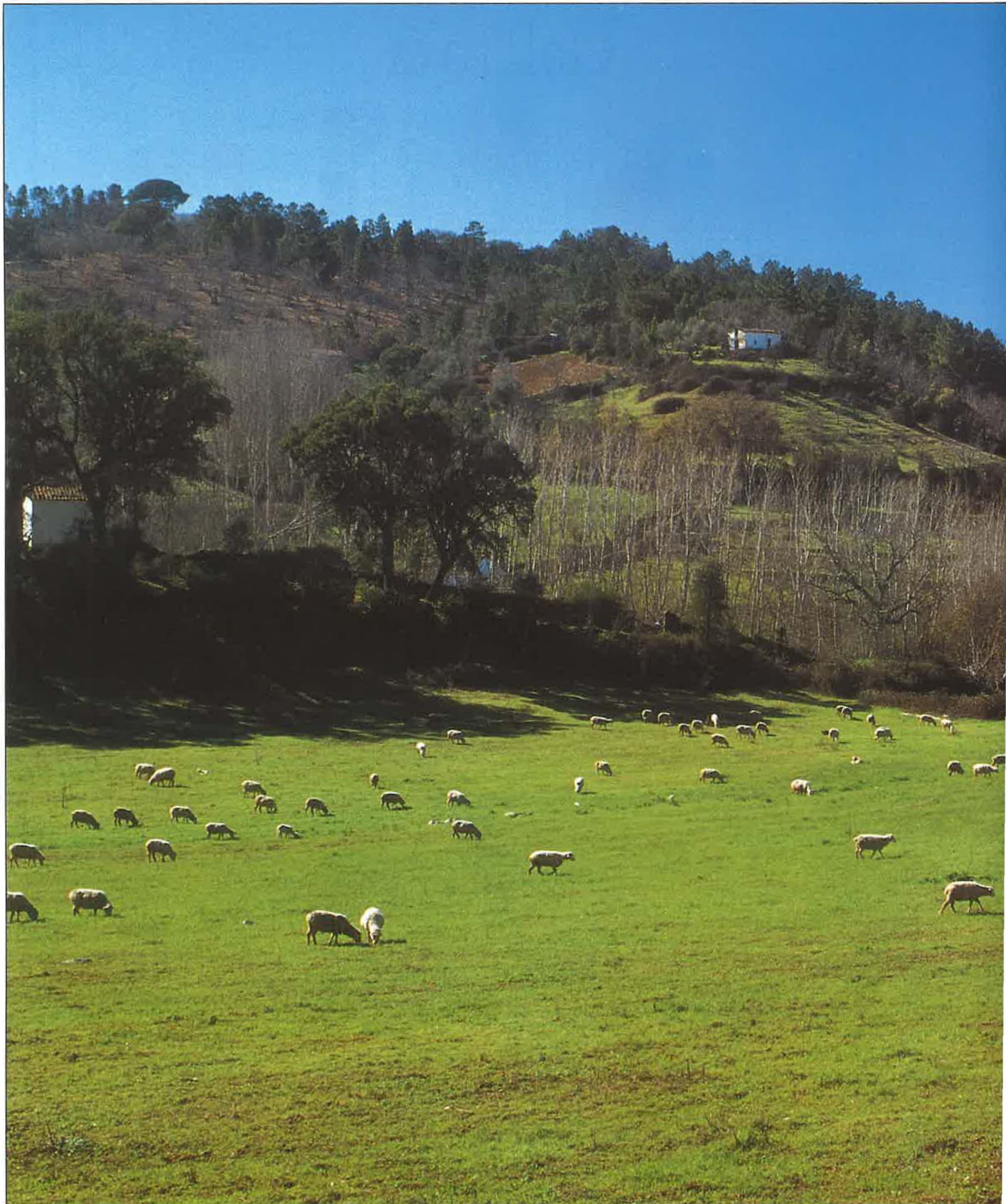


Galaroza

Antonio José Carrero Carrero





Valle de Galarzo

Las fértiles terrazas del Valle del Múrtiga acogen una intensiva y microfundista actividad agroganadera. Los muros de piedra de las afamadas huertas dividen el espacio de los frutales y el prado para el ganado.



Descubriendo su pasado

EN una encrucijada de caminos, en pleno corazón de la Sierra de Aracena y entre la frondosa vegetación del fértil valle de la Rivera del Múrtiga, Galaroza hunde sus raíces en la España musulmana. Aunque no se han hallado restos arqueológicos más antiguos en el término municipal, la abundancia de agua, bosques y caza han hecho de este valle una zona privilegiada dentro del contexto norte de la provincia, por lo que es lógico pensar que no pasara inadvertida, para otras culturas (Rodríguez Beneyto, E., 1986).

La tradición oral ha transmitido una hermosa leyenda acerca del nombre y origen del pueblo. Según la cual, un príncipe beréber, al mando de una expedición militar procedente de Cortegana, se enamoró de una preciosa doncella que vislumbró en la espesura del bosque. Cuando volvió para buscarla, se perdió en el valle de Galaroza. Al enterarse de la tragedia, el padre del príncipe ordena varias expediciones en su búsqueda y, ante el infructuoso resultado, decide fundar en el lugar una población a la que llamó *Al-Jaroza* que significa *Valle de la Novia* o *de la Desposada*. Con el triunfo del Romanticismo a comienzos del pasado siglo, la literatura se hace eco de estas sensuales narraciones y exalta una galantería que forma parte del legado musulmán.

Recientes investigaciones arqueológicas emplazan una pequeña mezquita en el actual solar de la iglesia parroquial de Ntra. Sra. de la Concepción, situada en una pequeña elevación en la parte más antigua del pueblo. Podría tratarse de un ejemplo más de la sacralización que sufren los antiguos templos paganos ante la necesidad de la Iglesia, inspiradora de la Reconquista, de reutilizar viejos centros de culto.

A mediados del siglo XIII, la **conquista cristiana** de las tierras al Este del río Guadiana vendría de la mano de Sancho II de Portugal. Con la ayuda de Ordenes militares, el monarca lusitano toma los pueblos de Ayamonte, Galaroza, Paymogo, Jabugo y Cortegana, entre otros, sin producirse la repoblación. Su hermano y sucesor Alfonso III las ocupó en 1251 ante la amenaza de la inminente intervención castellana (Jiménez Martín, A., 1975).

Fernando III el Santo continúa su avance por la margen derecha del Guadalquivir, colisionando con la corona portuguesa por la titularidad de aquellas comarcas. En 1253, el Papa Inocencio IV intercede en el conflicto y los territorios al Este del Guadiana se entregan, como dote, a la infanta Beatriz, hija de Alfonso X el Sabio, formando parte del antiguo Reino de Sevilla. Los monarcas castellanos siempre consideraron que estos terrenos eran suyos, extremo ratificado en el Tratado de Badajoz de 1267.

La primera referencia escrita que tenemos de Galaroza data de finales del siglo XIII. Alfonso X el Sabio cede «algunas tierras» de Galaroza, como recompensa, al converso rey moro de Baeza por su ayuda al rey Santo en la toma de Sevilla (Rodríguez Beneyto, E., 1986).

Durante la **etapa musulmana**, el casco urbano histórico se desarrolla en torno a aquel montículo ocupado por la mezquita. Los repobladores cristianos, llegados a Galaroza a finales del siglo XIII durante el reinado de Sancho IV, construyen los abigarrados y compactos barrios de los Riscos y de la Fuente, con los dos humilladeros o cruces de Las Pizarillas y Los Álamos, mostrando la nueva confesión religiosa de sus habitantes (Rodríguez Beneyto, E., 1986). La orografía del terreno obligó al pueblo a adoptar una fisonomía semiesférica, que con el paso del tiempo ha llegado a rodear por completo el cerro de Santa Brígida.

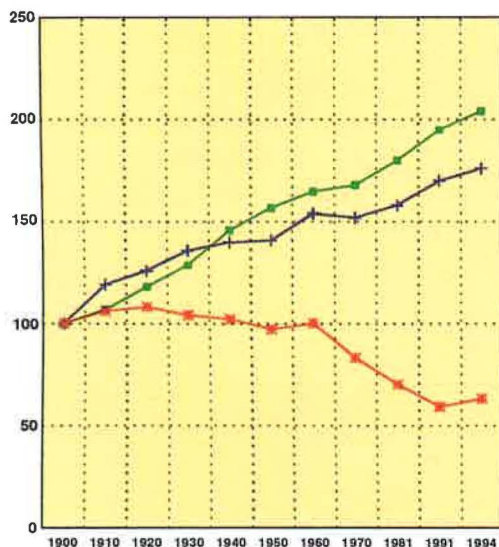
A lo largo del siglo XIV, la población de Galaroza sufrió un fuerte retroceso demográfico ocasionado por las epidemias de peste y por las consecuencias de la guerra que enfrentó a Castilla y Portugal por el reino castellano en el último tercio del siglo XV.

Ante las sucesivas bancarrotas de la Hacienda Real, Carlos I concede a su hijo y futuro Felipe II un poder especial para que «use de todos los servicios y cosas necesarias para haber dineros de todas las partes» (A.M.G., 1553, L.19). Así, otorga cartas de exención de jurisdicción, dispensa títulos de hidalguía y concede tierras de señorío. De este modo, Galaroza aprovecha las dificultades económicas de la Corona y se independiza de Aracena en el año 1553 con las aldeas de Las Chinas, Las Vegas, Las Cañadas, Navahermosa, La Corte de Grullo y Fuenteheridos, que en 1716 accede a la condición de Villa.

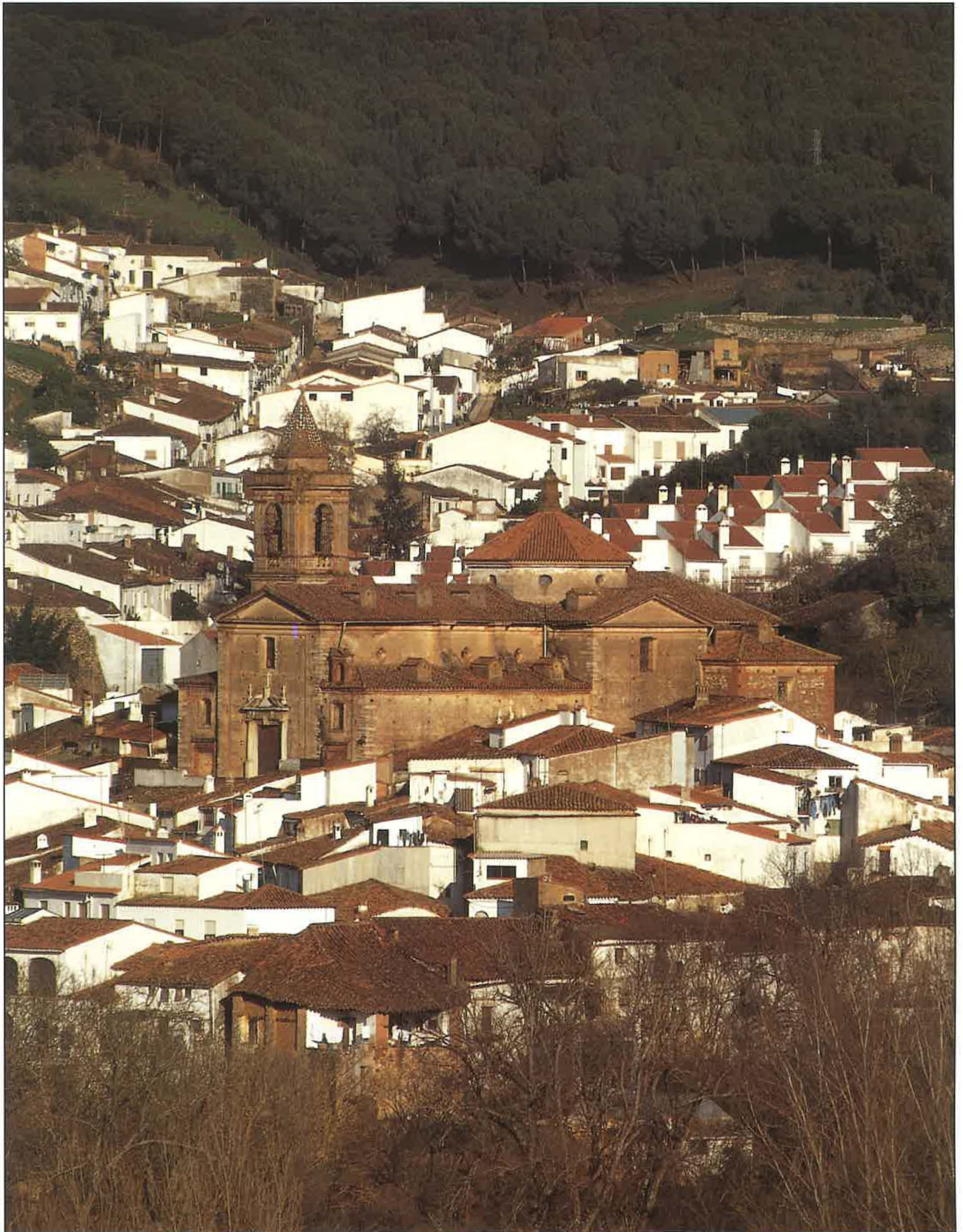
Las actividades económicas desarrolladas por la población eran las del cuidado del bosque, la ganadería porcina y una agricultura dedicada a las huertas y frutales en las terrazas del valle del Múrtiga. La fama de sus frutas, sobre todo de las manzanas, les valdrá a sus habitantes el apelativo de *cachoneros* en honor a sus sabrosos peros.

El privilegio de Villa va a permitir un cierto desahogo económico a la población, al quedar como bienes comunales y explotar directamente «las dehesas de Valdezahuredón y Navacruzada, que son propias de ese dicho lugar y no tienen en ellas aprovechamientos persona alguna, sino los vecinos y moradores de ese dicho lugar y sus aldeas suso declaradas» (A.M.G., 1553, L.19).

Evolución demográfica de Galaroza
En números índices, base 1900.

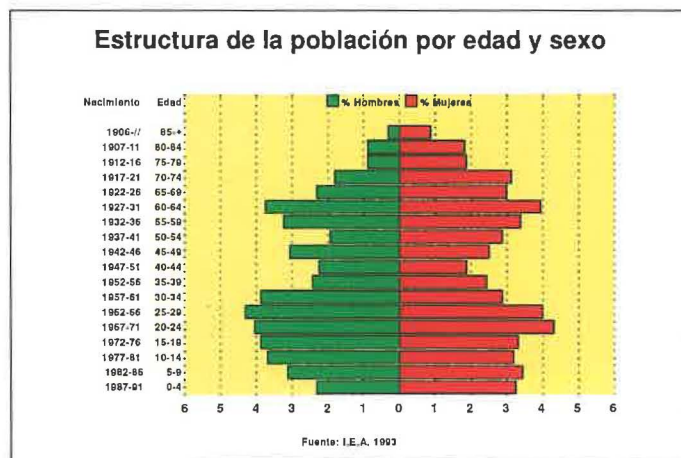


Fuente: I.N.E., 1900-1994.



Núcleo urbano

En torno al montículo ocupado por la Iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Concepción surgieron los compactos barrios de La Fuente y Los Riscos. La frondosa vegetación flanquea un núcleo urbano adaptado a la orografía del terreno.



Pero la nueva situación no condiciona las relaciones señoriales, con la consiguiente carga tributaria. En 1559, Galaroza deja de ser tierra de realengo dependiente del Reino de Sevilla y pasa a ser tierra de señorío bajo la jurisdicción del Duque de Alcalá, don Fabrique Enríquez de Ribera (Moreno Alonso, M.; 1993).

En 1643, Galaroza y sus seis aldeas pasan a ser señorío del Conde-Duque de Olivares. Años más tarde, junto con las tres entidades municipales de Alájar, Aracena y Castaño del Robledo conforman el señorío jurisdiccional conocido como Principado de Aracena, bajo la tutela del conde de Altamira, hasta su disolución en 1812 (Núñez Roldán, F., 1987).

A diferencia de un entorno serrano eminentemente ganadero, Galaroza basa su **economía** en la agricultura y, desde tempranas fechas, desarrolla una actividad artesano-industrial carpintera de la madera de los castaños, chopos y pinos de sus bosques. En 1752, el Catastro del Marqués de la Ensenada contabiliza ocho maestros, ocho oficiales y tres aprendices de carpintero. De igual modo, recoge como principales cultivos la vid, el castaño, la higuera, pereros, cerezos, olivos, camuesos y la miel, con 1.087 colmenas.

En sintonía con la riqueza minera de la Sierra, las tierras de Galaroza cuenta con una mina de plata que desde 1557 ha sufrido varios intentos fallidos de explotación por su dudosa rentabilidad.

En los albores del siglo XIX, los cachoneros ven cómo su pueblo es ocupado y saqueado por las tropas francesas en los años de 1810 a 1812 durante la Guerra de la Independencia. La población envía las joyas y alhajas de sus monumentos religiosos a la ciudad de Cádiz para salvaguardarlas de la rapiña de los enemigos.

Galaroza cuenta con un importante **patrimonio histórico-artístico**. Destaca el templo parroquial, de corte clasicista terminado en 1606 y bajo la advocación de la Purísima Concepción. En el cerro de Santa Brígida se encuentra la ermita de planta románica del mismo nombre, que a modo de atalaya ha visto crecer el pueblo desde finales del siglo XV. La ermita de San Sebastián o iglesia del Carmen, resultado de varias fases constructivas de los siglos XVII y XVIII, cobija una curiosa imagen encinta de la protectora de la localidad, Nuestra Señora del Carmen, atribuida a la escultora barroca de la escuela andaluza Luisa Roldana.

A lo largo de la historia, Galaroza ha sabido conservar su singular casco urbano. En 1969 conquistó el primer premio del Concurso Nacional de Embellecimiento de Pueblos

Españoles. La carencia de una norma de planeamiento urbanístico y la demora en el nombramiento del casco urbano como Bien de Interés Cultural, expediente incoado desde aquella fecha, provoca un vacío legal que pone en peligro la conservación de este tesoro urbanístico serrano.

Un paisaje serrano

Las tierras del término municipal de Galaroza ocupan una superficie de 22.270 hectáreas, emplazadas en la comarca Sierra de Huelva y dentro del Parque Natural de Aracena y Picos de Aroche.

Geológicamente, se engloba en las estribaciones occidentales de Sierra Morena, con materiales de la Era Paleozoica, constituidos por calizas, areniscas, esquistos y cuarzo de los períodos Cámbrico y Devónico, con una antigüedad aproximada de unos 400 a 500 millones de años.

La orografía de esta zona es accidentada debido a la potente erosión de la red fluvial y a los sucesivos movimientos orogénicos que, desde su génesis herciniana, afectaron al sustrato paleozoico.

Las características geológicas generaron unos suelos poco profundos con falta de horizonte y déficit en materiales orgánicos. Estos condicionantes definen un tipo de suelo poco apto para la agricultura, conocidos como terrenos de lajas y que ocupan el 65 por 100 de la demarcación municipal, con un uso forestal. Sin embargo, a diferencia de otros municipios vecinos, la superficie labrada se sitúa en un elevado 22 por 100 del total, destacando los frutales y el olivar.

Dados la topografía y los materiales del terreno, podemos distinguir dos unidades de paisaje con distintos usos y aprovechamientos: el Valle y la Sierra.

El 58 por 100 de la superficie municipal cuenta con una elevada pendiente de entre un 30 y 45 por 100. Este agreste aspecto queda interrumpido por el **Valle de la Rivera del Múrtiga**, que, como definiera Amador de los Ríos (1983), «es un respiro o tregua que la naturaleza se ha concedido después de los esfuerzos de impulsión con que formó estas sierras». Los continuos procesos de erosión y sedimentación han formado unas terrazas fluviales que acogen una intensiva y minifundista actividad agrícola. Desde el cauce de la rivera se suceden en altura tres espacios con diferentes tipos de vegetación. En las inmediaciones y a lo largo del curso del Múrtiga se asientan las fértiles y afamadas huertas que



Calle de Galaroza

El empedrado de sus calles y plazas es una tradición mantenida a lo largo del tiempo. Los grises y azules de los zócalos, el encalado de las fachadas y la estrechez de las calles conforman la fisonomía típica de este tesoro urbanístico serrano.



Las Pizarrillas

El antiguo humilladero construido por los repobladores cristianos llegados a Galaroza a finales del siglo XIII, fue la portada del cartel anunciador del primer premio ganado por la localidad en el Concurso Nacional de Embellecimiento de Pueblos Españoles en 1969.

Fuente de Nuestra Señora del Carmen

La presencia del agua en Galaroza se hace patente por las numerosas fuentes diseminadas por sus barrios. En el centro neurálgico del pueblo se encuentra la más exuberante de todas, conocida como la de Los Doce Caños. Construida por aportación popular en 1889 es la protagonista de la popular fiesta de Los Jarritos.



Plaza Venecia

Antiguamente en esta plaza confluían diversas corrientes no canalizadas, tomando el nombre de la ciudad italiana en clara alusión a la abundancia de agua en Galaroza.

Ermita de Santa Brígida

Emplazada en el cerro del mismo nombre y a modo de atalaya, esta ermita de planta románica ha visto crecer el pueblo desde finales del siglo xv. En sus alrededores se celebra el Domingo de Pascua la conocida fiesta del huevo y el bollo.

han jugado un importante papel en la economía de Galaroza. En algunos tramos existen restos de un antiguo bosque de ribera formado por alisos, chopos, sauces, fresno, etcétera. A media ladera nos encontramos con una zona de olivar sobre suelos rojos mediterráneos en sustratos calizos (Ibersilva, 1995) para pasar a una tercera franja ocupada por encinas, alcornoques y, especialmente en las umbrías y lugares menos accesibles, el castaño.

Con el plegamiento herciniano, las **unidades de sierras** del tercio Norte y Sur se elevaron durante la fase astúrica, hace unos 280 millones de años. Estos movimientos orogénicos formaron una sucesión paralela de montes y barrancos, como son La Urraca, Dundún, cerro La Pastora, monte Alamillo y el cerro Picote, con una altura máxima superior a los 840 metros, en el límite Sur del término con Castaño del Robledo.

En general, estas sierras conservan un medio no excesivamente alterado por el hombre. En estado natural es posible encontrar especies del estrato arbóreo como la encina, el alcornoque, el nogal, el quejigo, etc., y madroños, lentiscos, adelfas, entre otros, en el estrato arbustivo. Aunque el **castaño** es una especie introducida por los antiguos repobladores cristianos, la podemos considerar, por su buena adaptación, como autóctona, aportando con su fruto y la madera de la tala cuantiosos ingresos a la economía local.

La **red hidrográfica** presenta fuertes estiajes en verano. Destaca la Rivera del Múrtiga, que riega y divide el término en dos mitades. A ésta se le une la Rivera de Jabugo en su discurrir hasta su desembocadura en el Guadiana. Junto a estos principales cursos de agua aparecen una serie de arroyos, con una orientación Norte-Sur, surcando los sistemas de sierras y adoptando sinuosos, cortos y encajonados trazados con un marcado carácter estacional y evacuando rápidamente las aguas después de las lluvias caídas.

Las aguas subterráneas emergen del acuífero carbonatado de la Unidad Galaroza-Zufre con una superficie de 127 km². Las formaciones calizas del Cámbrico sufren un proceso de carstificación, dando lugar a una permeabilidad que aporta un recurso potencial de 15 hm³ de agua al año. El afloramiento se produce a través de pequeñas fallas, normalmente, en terrenos poco accesibles, dificultando su explotación. Sin embargo, la gran cantidad de **manantiales** o **fuentes** distribuidos por el término hacen que, prácticamente, cada pago tenga su propio abastecimiento de agua.

La altitud y la relativa lejanía del mar le confieren al **clima** mediterráneo oceánico de la zona unos rasgos de continentalidad. Las temperaturas medias mínimas más bajas, unos 3,5 °C, se dan en diciembre-febrero, con un riesgo de heladas entre 2 y 20 días al año. Los veranos son calurosos, con una media mensual de 25-27 °C y superando los 30 °C en julio y agosto. La lluvias se producen fundamentalmente en los meses de invierno y son prácticamente nulas en verano. Las precipitaciones medias superan los 1.000 mm. anuales, registrando los máximos pluviométricos de la provincia.

Bajo estos condicionantes físicos modeladores de un singular y atractivo entorno natural, Galaroza no sólo ha extraído su sustento económico, sino también una fuente de inspiración para poetas y pintores que anticipan al viajero la belleza de estos parajes.

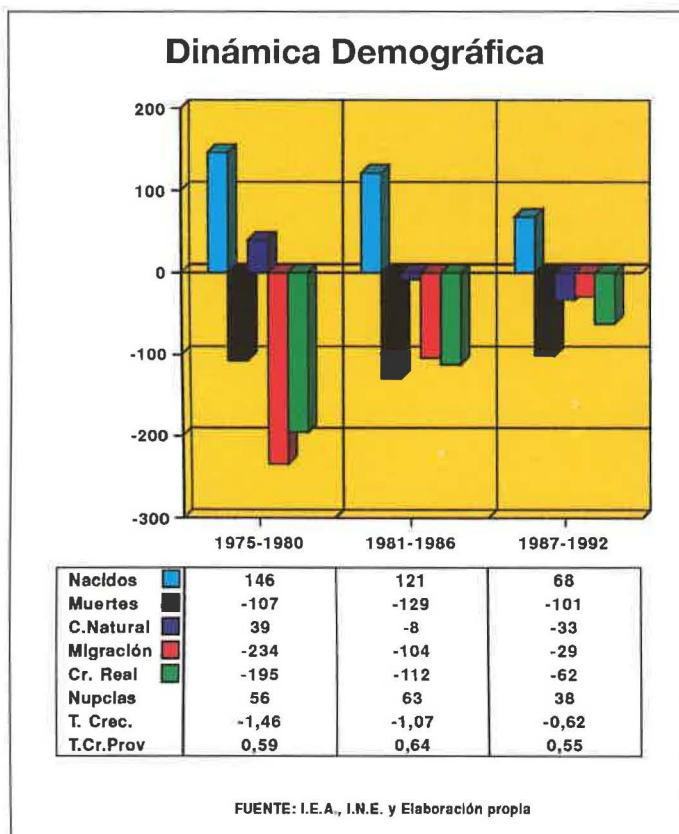
Demografía y poblamiento

Los primeros datos sobre la población de Galaroza vienen recogidos en su carta de exención de jurisdicción en 1553 y registran un total de 160 «vecinos», unos 560 habitantes distribuidos entre la villa y sus seis aldeas.

Durante el Antiguo Régimen, el crecimiento demográfico estuvo condicionado por las altas tasas de mortalidad provocadas por los llamados males endémicos: la guerra, la peste y los períodos de hambrunas. Pese a estos avatares, Galaroza consigue un aumento de población consolidado a lo largo del siglo XVIII, donde, de una forma generalizada, se va reduciendo la mortandad catastrófica, se supera el receso de las actividades económicas de la centuria anterior, por la extensión de cultivos y nuevos alimentos, que hacen de las primeras décadas del Siglo de las Luces una etapa de incremento demográfico.

En 1723, en el estudio estadístico sobre la población y actividades económicas del Principado de Aracena realizado por el licenciado Simón Zapata Coronel, Galaroza aparece con 273 «vecinos», de los que 73 habitan en las entidades menores de población de su término municipal (González Sánchez, C. A., 1988). Años más tarde, el catastro del Marqués de la Ensenada contabiliza 319 «vecinos», unos 1.116 cachoneros. En este documento no se mencionan las aldeas de Las Vegas y Corte Grullo, por su despoblación en esta primera mitad del siglo XVIII.

Desde 1857, con 2.021 habitantes, Galaroza va a conocer un período caracterizado por un continuado crecimiento demográfico, hasta alcanzar el máximo histórico de 2.821 personas en los años veinte de nuestro siglo. Esta década marca el punto de inflexión de una tendencia ascendente, para dar paso a una etapa de decrecimiento, agravado por los estragos de la Guerra Civil y la carestía y penuria econó-



micas de la posguerra española. Sin embargo, será el **éxodo rural** de los años 60 el fenómeno más importante en el devenir demográfico de Galaroza y, en general, de la Sierra de Huelva. En el transcurso de los siguientes 30 años, la población cachonera perderá algo más de mil habitantes en un proceso emigratorio prolongado hasta el comienzo de los 90. La escasa diversificación de su base productiva y la búsqueda de unas mejores condiciones de vida, hacen de la emigración un remedio para escapar a la crisis de los tradicionales modos de producción.

En 1995, Galaroza cuenta con 1.632 habitantes de derecho, concentrados en un 93 por 100 en la villa y, el resto, en las aldeas de Navahermosa y Las Chinas, testimonios de un poblamiento disperso que obedece a una constante lucha por la supervivencia en el intento de aprovechar en cada emplazamiento los recursos naturales que ofrece el territorio.

En los últimos años la **dinámica demográfica** sigue siendo negativa. El considerable descenso del número de nacidos, junto a una alta tasa de mortalidad, fruto de una población envejecida, y un persistente saldo migratorio negativo, arrojan unas tasas de crecimiento medio anual por debajo de cero y una de las más bajas de su entorno comarcal.

Al igual que en muchos núcleos de la Sierra, las migraciones han alterado y perturbado las posibilidades reproductivas de la población, dando lugar a una **estructura demográfica** con un elevado porcentaje de personas ancianas, un 17 por 100, y un escaso contingente juvenil menores de 15 años, un 19 por 100. Estas cifras denotan un claro envejecimiento de la población por la reducción de sus estratos jóvenes.

Actualmente, la población del municipio significa el 0,36 por 100 de la provincial, frente a su peso superficial, que es del 0,22 por 100. De la relación de estas dos variables resulta una densidad de población de 73 habitantes por km², muy superior a la media provincial de 45 hab./km².

El **nivel de instrucción** presenta tasas similares al conjunto provincial. Se alejan los considerados «sin estudios», que suponen el 46 por 100 de la población. Situación derivada de una sociedad campesina de subsistencia, con pocas posibilidades de ofrecer una mayor formación a unos jóvenes incorporados al mundo laboral a edades muy tempranas. Por el contrario, tienden a converger con las medias provinciales los grupos de formación media y superior.

La economía rural

El desarrollo de las actividades económicas en Galaroza, como tantos otros municipios emplazados en el entorno de Sierra Morena, está condicionado y restringido por las características físico-ambientales. Este determinismo de la Naturaleza ofreció unas posibilidades de desarrollo, sobre la base de unas técnicas agrarias tradicionales, que limitaron, en gran medida, rentabilizar los generosos esfuerzos invertidos.

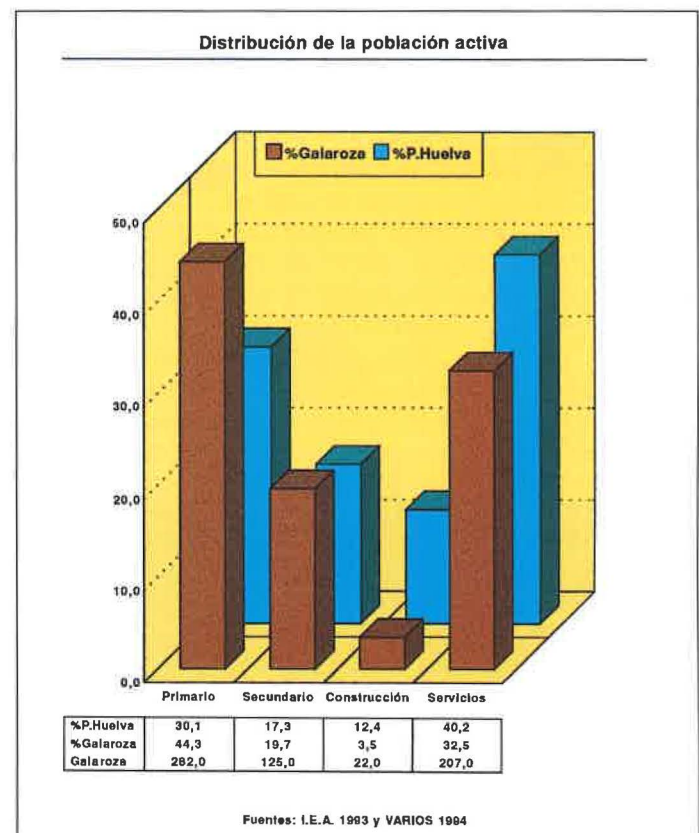
Las características topográficas y edafológicas dificultan el cultivo de esta zona, donde «el terreno es generalmente pedregoso, en parte calizo y arenisco, y sólo a beneficio de mucha labor y abonos es productivo» (Madoz, P., 1845; 82). Dichas técnicas agrarias tradicionales se muestran incapaces

de integrar a estos sectores en la dura competencia de las sociedades modernas, y generan un tipo de vida rural, romántica..., frente a unas demandas de la población en consonancia con unas necesidades urbanas. De la inadecuación de estos dos modos de vida surge la dependencia y, en última instancia, explica la crisis del mundo rural.

Tradicionalmente, la **agricultura** ha desempeñado un importante papel en la economía de Galaroza, sin olvidar las prácticas forestales y ganaderas asociadas a la dehesa. Hoy día, sigue siendo el sector que emplea el mayor número de población activa, un 44,3 por 100 del total. Al margen de las cifras oficiales, muchos de sus efectivos tienen su principal ocupación en otras actividades económicas, viéndose obligados a prácticas de la economía sumergida para completar su jornada laboral. De este modo, la agricultura y, especialmente, la carpintería son actividades interrelacionadas que se trasvasan una mano de obra dependiendo de las coyunturas económicas y estacionalidad de las tareas forestales y recogida de la castaña, aportando el subsidio agrario el complemento necesario para su sustento. Actualmente, la castaña, sobre unas 570 hectáreas, es la principal fuente de riqueza agrícola de Galaroza.

El **sector industrial** da empleo al 20 por 100 de la población activa de Galaroza y está representado por la cooperativa **Sativa Castañera Serrana** y por 15 carpinterías.

Para paliar los problemas de competitividad del sector, y a iniciativa de la corporación municipal, con el apoyo del Instituto de Fomento Andaluz, se creó en 1985 una de las principales cooperativas del país especializada en la castaña. En fase de expansión, cuenta con numerosos socios en los pueblos vecinos y recibe producciones de otros lugares, como Sierra de Gredos o la serranía de Ronda. Del millón doscientos mil kilos de castañas preparadas para su comercialización en las naves de esta factoría en años normales,





Ermita de Nuestra Señora del Carmen

Resultado de varias fases constructivas de los siglos XVII y XVIII, esta ermita de extramuros fue un antiguo lazareto. En su interior se conserva una curiosa talla encinta de la protectora de la localidad, Nuestra Señora del Carmen, atribuida a la gubia de Luisa Roldana.

algo más del 50 por 100 se destina a la exportación para Estados Unidos, Austria, Inglaterra y Suiza, principalmente. El período de actividad de la cooperativa depende de la producción de cada campaña, y de ésta el volumen de contratación, alcanzando un máximo de 40 ó 50 operarios durante tres o cuatro meses al año.

La **carpintería** es el otro eje de la industria cachonera. En esta actividad predomina una fuerte estructura familiar, heredera de una antigua y desarrollada agrupación gremial. La fecha fundacional de las empresas data desde siglos atrás hasta finales de los 80 para las más modernas, refundadas por los hijos de anteriores propietarios, tras previamente haber aprendido el oficio y con capital generado en el mismo sector.

Todas ellas coinciden en la imposibilidad de aumentar la plantilla oficial de trabajadores ante la crisis del sector y creciente presión fiscal de los últimos años. Los incentivos a las empresas deberían orientarse en este sentido para proteger y fortalecer el debilitado tejido industrial de la Sierra, ya que se dan pocas oportunidades de supervivencia a las pequeñas empresas, como las ubicadas en Galaroza, con un escaso margen de beneficios y maniobrabilidad ante situaciones ya estructuralmente adversas.

Por otra parte, el marcado carácter familiar e independiente de las empresas dificulta posibles sistemas cooperativistas encaminados a una modernización y ampliación de las instalaciones para alcanzar mayores cotas de competitividad en los mercados. El producto más emblemático de la carpintería de Galaroza es el mueble de estilo sevillano. Hasta hace unos seis años existían cuatro talleres de fabricación de sillas, mesas y mecedoras, con una fama que trascendía las fronteras nacionales. En la actualidad, sólo queda una firma dedicada a esta industria artesanal, que lucha por perpetuar la pureza y tradición de un tipo de mueble que, en palabras del empresario Jesús Valle Muñiz, «está sujeto a las fluctuaciones de la moda y de los mercados y, dado su carácter artesano, es un sector especialmente frágil».

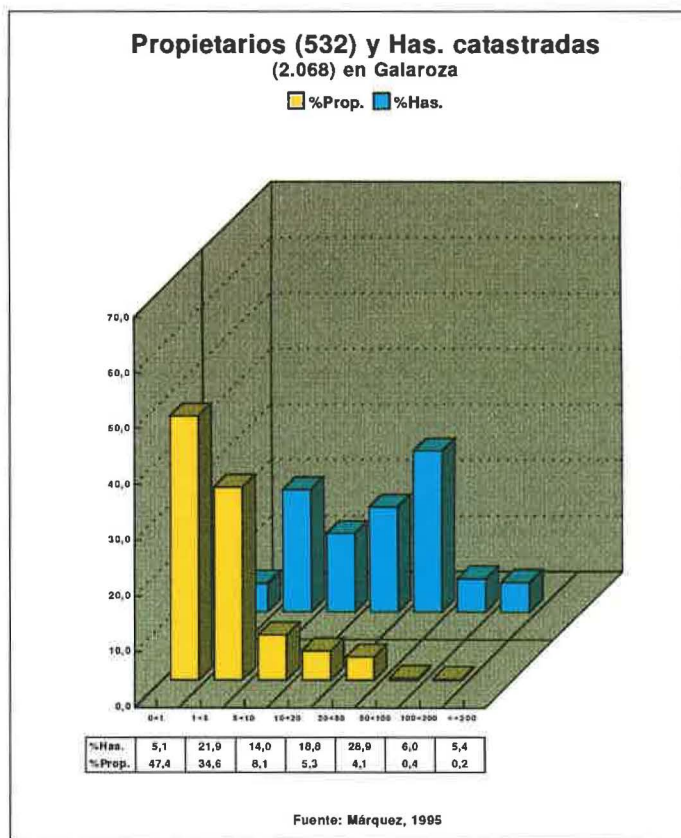
El **sector servicios** se encuentra poco especializado y articula las funciones básicas. Ocupa al 32,5 por 100 de la población activa y destacan el comercio de minoristas y la hostelería. Con la consolidación del turismo rural, puede ser uno de los sectores más beneficiados.

Galaroza ofrece como **servicios públicos** un Centro de Adultos, Casa y Salón Cultural, Colegio Público y Consultorio Médico, entre otros. Desde 1993 tiene mancomunado un vertedero de residuos sólidos urbanos y el 80 por 100 de sus aguas residuales son tratadas por una depuradora de reciente instalación.

Hacia una ampliación de la base productiva

La diversificación de la base productiva, desde las premisas del llamado **desarrollo local sostenible**, se presenta como la mejor estrategia para reducir los desequilibrios socioeconómicos derivados de un modelo de crecimiento concentrado.

Tal como su nombre indica, el desarrollo pasa por aprovechar las ventajas comparativas de cada territorio y consi-



derar al medio como algo más que el mero soporte físico de las actuaciones humanas, es decir, compaginar el desarrollo con la conservación. Todo ello orientado a generar empleo, retener población y, en definitiva, promover un aumento del nivel de vida. Aunque el camino a seguir y los objetivos estén diseñados, los modos de aplicación y soluciones no son fáciles, requiriendo de los distintos profesionales y administraciones grandes dosis de imaginación.

Una de las ventajas comparativas a hacer valer por Galaroza es su posición estratégica en el centro geográfico de la Sierra de Arcena. Este emplazamiento le confiere una potencialidad geoeconómica escasamente aprovechada. Galaroza se encuentra a no más de 15 minutos por carretera de los pueblos vecinos de Valdelarco, La Nava, Fuenteheridos, Jabugo y Los Marines, entre otros. En esta dirección, la corporación municipal intenta llevar a cabo el proyecto de ubicar en Galaroza un Centro de Enseñanza Secundaria, aliviando los tradicionales y saturados centros de Arcena y Cortegana.

Otro proyecto no menos importante es la creación de un **polígono industrial** en la llamada Dehesa Municipal. Ya existen varias propuestas para la implantación de viveros y una fábrica de platos de competición para el «tiro al plato» deportivo. La instalación de un centro de Inspección Técnica de Vehículos en el futuro polígono beneficiaría, de una forma general, a toda la comarca, ya que la Sierra se ve desprovista de este servicio y el más cercano se encuentra bastante alejado, concretamente en Tharsis.

Los atractivos físico-naturales de Galaroza convierten el turismo rural en su mayor y potencial fuente de riqueza alternativa. La creación del **Parque Natural Sierra de Arcena y Picos de Aroche** ha contribuido a la difusión y conservación de los valores ecológicos, apostando por el **ecodesarrollo** de la zona y por garantizar una correcta implantación

física y social de lo ofertado, dentro de un programa de comercialización conjunto para toda la Sierra.

A pesar de contar Galaroza con dos hostales y un hotel, el destino preferido por la mayor parte de los visitantes es la casa rural tradicional. En este último «mercado inmobiliario» no existe una planificación de la demanda orientada a una modernización y mejor acondicionamiento de la oferta. En este sentido, la relación entre el precio y la calidad de las casas pueden jugar en contra de esta incipiente y necesaria fuente de ingresos.

Para ampliar el número de alojamientos, un proyecto a corto plazo aspira a acondicionar, con las dotaciones necesarias, una «zona de acampada» y crear un camping en los terrenos de la citada Dehesa Municipal.

Los distintos **indicadores de desarrollo** no se muestran muy favorables en Galaroza. Presenta una «tasa de crecimiento demográfico» inferior a la media provincial y tan sólo el parámetro «equipamiento comercial» excede al del conjunto de la provincia. En general, el comercio está poco especializado y son frecuentes los traslados, como primer destino, a Aracena para adquirir diversos servicios que requieren cierta especialización y, en segundo lugar, a Sevilla.

La fruta y el agua

El tradicional cultivo de frutales en Galaroza, como en los campos de Valencia, Murcia o la vega de Granada, es un legado más de la herencia musulmana. El fértil valle de la Rivera del Múrtiga ha posibilitado durante siglos la recogida de una abundante y valiosa cosecha de frutas y hortalizas, ampliando la dieta alimenticia del cachonero. La cantidad y

variedad de sus productos, exportados antaño a diversos mercados de Sevilla, le valió a Galaroza el sobrenombre de la «huerta de Huelva».

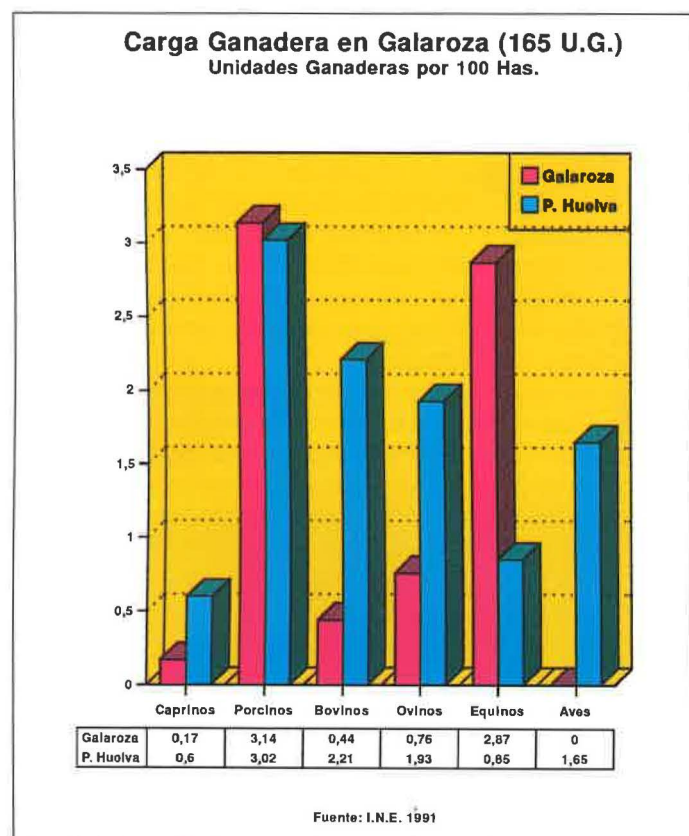
Desde hace algunas décadas, estas explotaciones familiares no tienen los cauces comerciales adecuados y han desaparecido algunas de ellas. Sin embargo, se abre un rayo de esperanza con la cada día más demandada **agricultura ecológica**, pudiéndose recuperar el reconocimiento y fama de que gozó. En 1988 se creó el Comité Andaluz de Agricultura Ecológica con el fin de potenciar y buscar canales de comercialización a este tipo de productos. Desde entonces, las subvenciones dirigidas a este sector han ido en aumento para incrementar las hectáreas cultivadas y bajar los costos de producción con vistas a asegurarse los mercados europeos y canadienses, principales consumidores de estos productos.

La **abundancia de agua** en el término, como elemento indispensable para llevar a cabo esta iniciativa, permite afrontar el futuro con optimismo. Pero, aparte del indudable valor del agua como recurso, en Galaroza toma una dimensión cultural. El ardiente Sur de la sequía contrasta con la prodigalidad de manantiales de esta localidad serrana. Un simple paseo por sus calles consigue trasladarnos a lugares de latitudes más húmedas y abstraernos de los rigores de un clima en exceso caprichoso.

La presencia del agua se hace patente en las numerosas fuentes diseminadas por los barrios del pueblo, que antes de contar con el agua corriente eran motivo de encuentro y de intercambio. El progreso ha relegado al pasado sus antiguos usos de lavaderos públicos o lugar donde abreviar el ganado, para convertirse en símbolos de identidad de los cachoneros, celosamente integrados en el paisaje urbano. En Los Alamos, centro neurálgico de Galaroza, está la fuente más popular y exuberante de todas, la llamada de los Doce Caños. Fue construida en 1889 por aportación popular y tiene un singular trazado en forma de lira.

El continuo murmullo del agua es un agradable compañero que invita a la calma y al sosiego. Pero la tranquilidad se ve interrumpida cada 6 de septiembre por la conocida **fiesta de Los Jarritos**, en la que el pueblo sale a la calle con el divertido propósito de mojarse unos a otros. Según Rodríguez Beneyto (1986), la fiesta se remonta a mediados del siglo XIX. Con objeto del antiguo paso por Galaroza de los alfareros extremeños de Salvatierra, camino de la romería de Los Angeles en la Peña de Arias Montano, la población compraba diversos utensilios de barro e iban a probarlos a la fuente de los Doce Caños. El origen pudo deberse al juego entre niños y jóvenes que se lanzaban agua soplando la boca de los «pimporros», dando lugar a una insólita y peculiar fiesta que cada año cuenta con más adeptos.

Es la manifestación de un pueblo que se siente atraído por el agua y sale a la calle para celebrar su exuberancia y riqueza. Es una fiesta profana, ácrata y popular, donde nadie ordena el comienzo ni desarrollo de la misma, sino el agotamiento de los actores. La insinuación y transparencia de la ropa mojada, los desnudos entreverados tras la breve y húmeda indumentaria le dan a la fiesta un marcado matiz lúdico-erótico. Es alegre, espontánea y sana como el mismo hecho aceptado de mojar y ser mojado. Es un «jolgorio» acuático donde el agua esculpe en los cuerpos sus más pronunciadas curvas, «haciendo de la ropa materia de exaltación» (Cantero, P. A., 1994; 81).



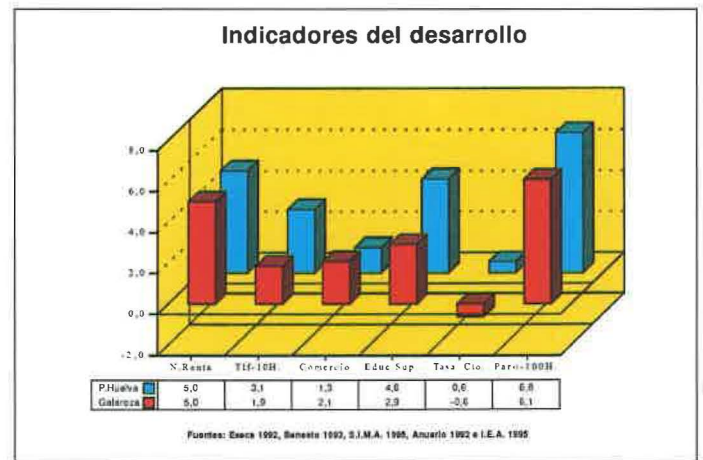
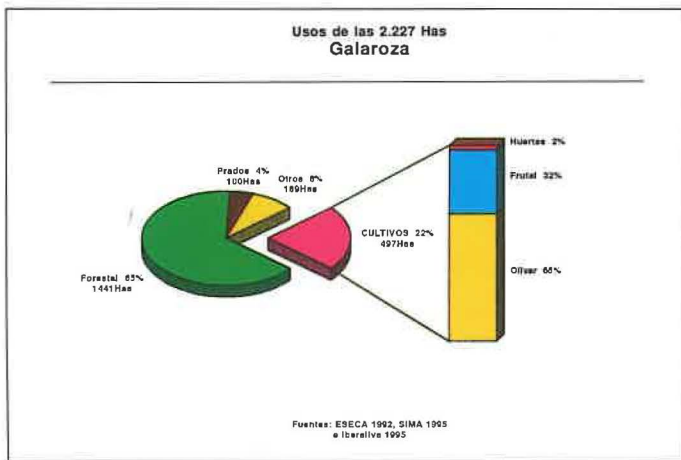


Muebles de estilo sevillano

Es el mueble emblemático de la carpintería cachonera. Después de ver la maestría y las numerosas horas invertidas por estos verdaderos artistas en el torneado de la madera, la confección de los asientos de enea y el pintado de las sillas y mesas, es indudable que su trabajo y su arte no están pagados.

Artesanía del Corcho

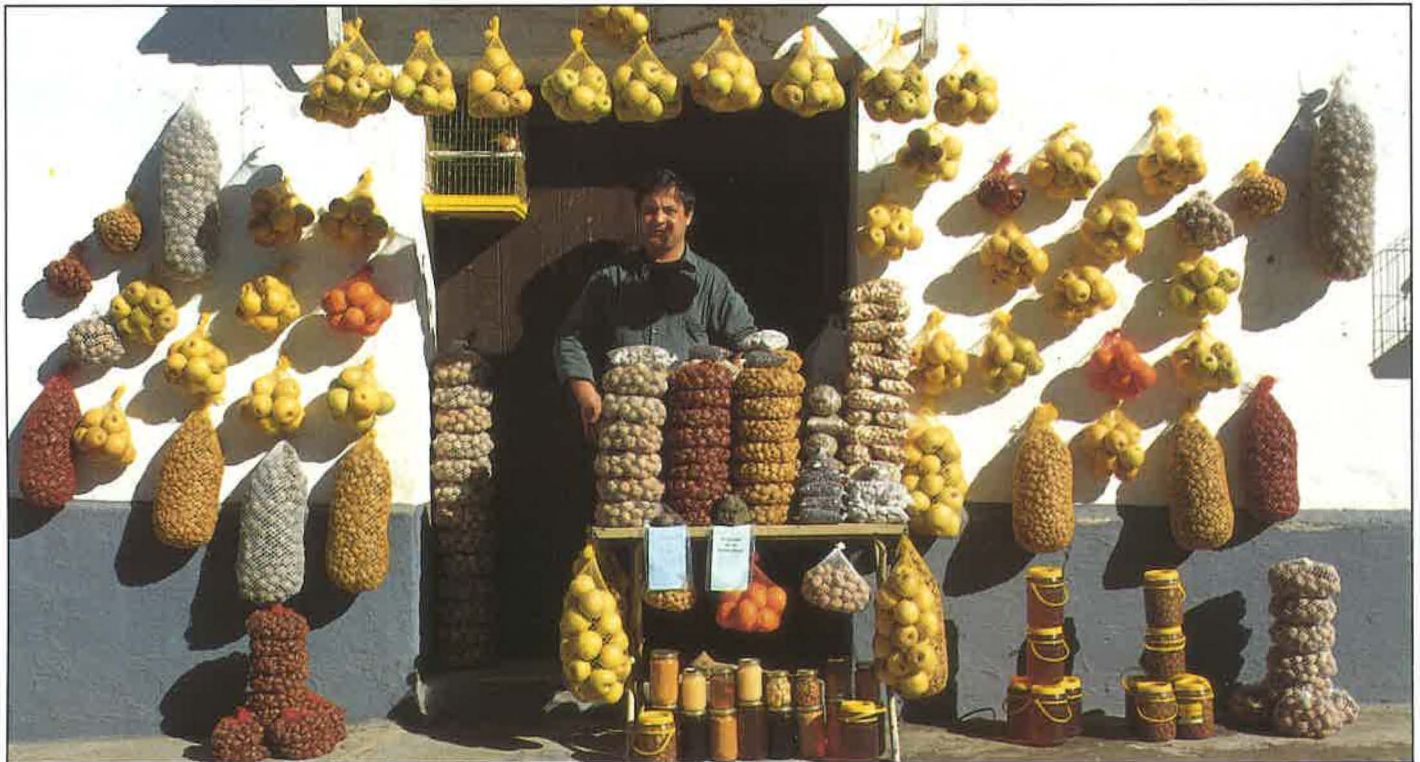
Al indudable valor añadido del corcho para su transformación industrial, se suma la plástica y estética de este material en la fabricación de muebles y diversos utensilios ornamentales.



Bibliografía y fuentes citadas

AMADOR DE LOS RÍOS, R. (1983): *Huelva*. Diputación P. Huelva.
 A.M.G. (1553): *Carta de exención y jurisdicción de la villa de Galaroza*. L. 19.
 CANTERO, P. A. (1994): «Formas de agua: A propósito del agua en Galaroza», en *Aestuarina*, núm. 2, pp. 68-85. Diputación Provincial de Huelva.
 GONZÁLEZ SÁNCHEZ, C. A. (1988): «El principado de Aracena en dos fuentes documentales del siglo XVII», en *Huelva en su Historia*, núm. 2, pp. 555-587.

IBERSILVA (1995): *Galaroza*. Información inédita, 2 pp.
 JIMÉNEZ MARTÍN, A. (1975): *La mezquita de Almonaster*. Instituto de Estudios Onubenses «Padre Marchena». Diputación P. Huelva.
 MADRIZ, P. (1845): *Diccionario geográfico-estadístico de España y sus posesiones de ultramar*. Diputación P. Huelva.
 MORENO ALONSO, M. (1993): *La vida rural en la Sierra de Huelva*: Alájar. Diputación P. Huelva.
 NÚÑEZ ROLDÁN, F. (1987): *En los confines del Reino: Huelva y su tierra en el siglo XVIII*. Universidad de Sevilla.
 RODRIGUEZ BENEYTO, E. (1986): *Aspectos históricos de Galaroza*. Paz y Bien, Sevilla.



Productos tradicionales

Las numerosas tiendas situadas en los accesos del pueblo ofrecen al visitante los más variados productos naturales. Entre ellos destaca el sabroso pero «cachón», de donde les viene a los habitantes de Galaroza el gentilicio de cachoneros.